



12. El peso del adultocentrismo en el «amor adolescente»

Irantzu Fernández Rodríguez

El amor y la estratificación social

Este artículo, basado en la tesis doctoral que realicé en torno al amor y la adolescencia,¹ pretende abordar cómo las vivencias amorosas de las y los adolescentes son frecuentemente configuradas desde una posición adulta. A pesar de que la investigación parte con una visión más amplia del amor, aquí me centraré en algunos límites relativos a la edad a partir de los cuales se constituyen vivencias del amor adolescente.

Mi estudio se enmarca en el análisis contextualizado de las emociones y del amor que se ha venido realizando en la antropología feminista (Abu-Lughod, 1986; Lutz, 1990; Ahmed, 2004; Esteban, 2007, 2011), donde el género es un factor clave para entender las relaciones de poder que se generan en torno a las emociones y el amor. Como recoge Mari Luz Esteban (2007), en la tradición antropológica, se hace un esfuerzo por entender las emociones no como simples sentimientos, sino como experiencias incluidas dentro del entramado cultural y social, superando así visiones biológicas y prestando toda la atención a las dimensiones ideológicas, cognitivas y morales, que in-

1. La tesis, titulada *Nerabezaroko maitasun bizipenen etnografía: harremanen antolaketa, gorputz lana eta heteroaraua Bilboko gaztetxoan artean* [Etnografía de las vivencias amorosas en la adolescencia: organización de las relaciones, trabajo corporal y heteronormatividad entre adolescentes de Bilbao] (2016), fue realizada bajo la dirección de Mari Luz Esteban con una beca PREDOC del Gobierno Vasco, además fue inscrita dentro del Grupo de Investigación AFIT (Antropología Feminista Ikerketa Taldea-Grupo de Investigación de Antropología Feminista) de la UPV/EHU.



volucran tanto al cuerpo como a la práctica social (Rosaldo, 1984). En este sentido, el amor sería no solo un eje fundamental en la organización social sino también en la económica en este contexto de capitalismo tardío en el que vivimos. Como apunta Eva Illouz (2010), se trataría de una idea del amor estrechamente relacionada con la idea de intimidad y con el ideal democrático pero que, al mismo tiempo, establece mecanismos de dominación económica y simbólica, donde se reproducen las relaciones de clase, y añadiría, de género.

Sin perder el eje analítico del género, en este artículo pretendo llevar a cabo un enfoque específico de las estratificaciones y la desigualdad social que la edad establece. Este factor es considerado clave para entender la organización social (Spencer, 1990; Feixa, 1996, p. 319), pero al mismo tiempo constituye un eje que permite el análisis de las vivencias autobiográficas de forma general, así como, las del amor. Marcela Lagarde hace una reflexión sobre el amor en la edad adulta, que podría aplicarse también a la adolescencia:

La edad es una clave fundamental para el amor. Porque el amor quiere ser etéreamente realizable. Tengo esta edad y necesito saber cómo vivo mi edad, cómo estoy en mi edad, cómo estoy en el cuerpo de mi edad, cómo está mi sexualidad de acuerdo con mi edad. Necesito ubicarme en mi edad para saber cuáles son mis necesidades amorosas. Porque si no defino mis necesidades amorosas actuales, probablemente estoy moviéndome por necesidades amorosas del pasado. A veces andamos cincuentaando con anhelos adolescentes. Y no acabamos de asumir la mujer que somos en este momento de nuestra vida (Lagarde, 2005, p. 357).

Podríamos decir que la configuración y la comprensión del amor se sustentan en una forma lineal de comprender la vida, donde la concepción de lo adulto sería la meta en la vida y donde el amor es un proceso vitalmente variable. En ese entramado, la adolescencia se entiende como una fase de transición y de preparación para lo que vendrá, *a posteriori*, en la adultez y en el amor. Siguiendo al sociólogo Klaudio Duarte (2006), la identidad adolescente se plasmaría así como una identidad en «búsqueda»:

El tratamiento de la juventud como una etapa de «identidad disgregada», de «búsqueda», y por lo tanto de inmadurez, supone que el ser

adulto ha logrado superar todas esas «debilidades» y ha resuelto el «conflicto de identidad» que caracteriza a la juventud (dicho desde el estereotipo). Si bien se valoriza, en principio, «la pregunta», se posterga su solución-respuesta para un momento posterior de la vida: «cuando seas adulto». En esta discriminatoria definición de ser joven se agrega la desvalorización de la búsqueda, se le asimila como «identidad disgregada», o sea, con identidad no definida, confusa. Sin duda las afirmaciones sobre ser joven han sido elaboradas desde el mundo de los adultos, quienes al establecerlas se ratifican a sí mismos. La reafirmación se hace por negación de lo que «los otros no tienen» o «lo que los otros y otras no son» (2006, p. 15).

Las y los adolescentes se encontrarían ante una búsqueda de vivencias y estados. Por lo tanto, estaríamos frente a una búsqueda del amor desde una identidad en tránsito en sí misma. Por ello, muchas y muchos de ellos creen que sus relaciones amorosas se normalizarán en el futuro. De esta manera, estas concepciones crean determinismos vitales en los que la edad se convierte en la razón y la justificación de diversas cuestiones, y donde el hecho de ser joven es una justificación en sí misma: «Es así porque somos adolescentes» o «soy irresponsable porque soy joven todavía» (*ibid.*, p. 49), reapropiándose así de esa forma de identidad pasajera.

Esta configuración de lo adolescente relacionado con una forma lineal de la vida, nos lleva ante un imaginario social donde impera una perspectiva adulta y una forma de vida desde unos cuerpos adultos que adquieren posiciones y posibilidades dentro de la estratificación social. Duarte utiliza el término adultocéntrico para hacer referencia a esta cuestión:

(...) un imaginario social que impone una noción de lo adulto —o de la adultez— como punto de referencia para niños, niñas y jóvenes, en función del deber ser, de las sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción que ha de hacerse y lograr, para ser considerado en la sociedad, según unas esencias definidas en el ciclo vital. Este imaginario adultocéntrico constituye una matriz sociocultural que ordena —naturalizando— lo adulto como lo potente, valioso y con capacidad de decisión y control sobre los demás, situando en el mismo movimiento en condición de inferioridad y subordinación a la niñez, juventud y vejez. A los primeros se les concibe como en «preparación hacia» el momento máximo y a los últimos se les construye como «saliendo de». De

igual manera, este imaginario que invisibiliza los posibles aportes de quienes subordina, revisibiliza pero desde unas esencias (que se pretenden) positivas, cristalizando nociones de fortaleza, futuro y cambio para niñez y juventudes (Duarte, 2012, p. 120).²

Esta posición adultocéntrica se puede hallar en distintos campos sociales (Feixa, 1996) y las emociones y el amor no se quedan exentos de ella. Si entendemos las emociones y el amor dentro del entramado social y cultural, las jerarquías de la edad se convierten en claves para poder comprender la configuración de éstas. Por ello, en este artículo se intentará mostrar cómo la perspectiva adultocéntrica influye directamente en las narraciones de las y los adolescentes, llevándoles a una situación de búsqueda del amor.

Etnografía del amor: más allá del espacio de investigación

La etnografía, en la que se basa este artículo, se ha llevado a cabo en Bilbao, una de las principales ciudades del País Vasco, con una población de alrededor de 350.000 personas. Encajada entre montañas, Bil-

2. Duarte explica como ese sistema adultocéntrico está vinculado con el sistema económico y político: «En un primer acercamiento, podemos conceptualizar a este adultocentrismo en un plano material, articulado por procesos económicos y político institucionales, como un sistema de dominación que delimita accesos y clausuras a ciertos bienes, a partir de una concepción de tareas de desarrollo que a cada clase de edad le corresponderían, según la definición de sus posiciones en la estructura social, lo que incide en la calidad de sus despliegues como sujetos y sujetas. Es de dominación ya que se asientan las capacidades y posibilidades de decisión y control social, económico y político en quienes desempeñan roles que son definidos como inherentes a la adultez y, en el mismo movimiento, los de quienes desempeñan roles definidos como subordinados: niños, niñas, jóvenes, ancianos y ancianas. Este sistema se dinamiza si consideramos la condición de clase, ya que el acceso privilegiado a bienes refuerza para jóvenes de clase alta, la posibilidad de —en contextos adultocéntricos— jugar roles de dominio respecto, por ejemplo, de adultos y adultas de sectores empobrecidos; de forma similar respecto de la condición de género en que varones jóvenes pueden ejercer dominio por dicha atribución patriarcal sobre mujeres adultas» (2012, p. 111) Cabe resaltar que este último aspecto de ejecución de poder de varones jóvenes hacia mujeres más adultas lo he podido comprobar en trabajo de campo en distintas situaciones. Una de ellas se surgió cuando jóvenes varones de clase alta me amenazaban con ser violada en el caso de quedarme a solas en una entrevista con uno de ellos.

bao se caracteriza por la transformación acelerada de un paisaje industrial hacia una imagen posmoderna. La diversidad interna de la ciudad se concreta en barrios con memoria histórica propia, dándose una articulación del espacio a través de la diferenciación por clases sociales, que se disfraza bajo la clasificación de una población de clase media generalizada.

La investigación se ha realizado con adolescentes de entre doce y catorce años, que se encuentran cursando el primer ciclo de Educación Secundaria. Los lugares seleccionados para la observación han sido tres centros educativos situados en tres barrios con distintas características socioeconómicas (un centro religioso concertado, una ikastola y un instituto público). El primer centro escolar está emplazado en una zona céntrica de la capital, donde históricamente ha residido la burguesía bilbaína y a él acuden escolares del llamado Ensanche. Diríamos que es una escuela con prestigio dentro del imaginario social y simbólico bilbaíno. El segundo colegio, una ikastola,³ está situado en un barrio alejado del centro, a las orillas de la Ría de Bilbao que divide la ciudad y tiene una arquitectura marcada por el proceso industrial que ha caracterizado a la ciudad. Se trata de un centro concertado, por lo que podríamos decir que se trata de un alumnado con un capital social y económico más elevado que la media del vecindario. El tercer centro, un instituto público, se sitúa en una ladera que limita la ciudad, situado también en un barrio obrero constituido en sus inicios por inmigrantes provenientes de otros lugares del Estado que se instalaron en él de un forma muy precaria. Hoy día el barrio mantiene su identidad trabajadora y son sus nietas y nietos los que acuden mayoritariamente a este instituto público.

Desde un punto de vista antropológico, los centros escolares son un lugar privilegiado para acceder a las vidas de las y los adolescentes, ya que, entre otras cosas, propician el acceso a dimensiones socioeconómicas concretas y similares entre ellas y ellos (Hernández, 2005). Partiendo de esta idea, he llevado a cabo en los tres centros:

3. Ikastola es el término en euskera para nombrar a los centros educativos que surgieron con el objetivo de reivindicar el derecho a estudiar en euskera y una educación propia. Las ikastolas tomaron fuerza a partir de la segunda mitad del siglo xx y en 1993 algunas ikastolas entraron a formar parte de la red pública de enseñanza. A pesar de ello, el centro escolar donde he realizado mi estudio, se mantuvo en un régimen concertado.

observación participante, entrevistas y grupos de discusión con las y los adolescentes, además de entrevistas al profesorado. Para poder contrastar lo observado en estos centros, he llevado a cabo también observación en otros espacios fuera del ámbito escolar, espacios relevantes en lo que se refiere al tiempo de ocio de las/os escolares, como centros comerciales o parques de Bilbao.

Asimismo, quisiera remarcar aquí un aspecto no tan formal de la investigación que ha sido significativo también a la hora de poder percibir la perspectiva adultocéntrica del amor. Durante el proceso de realización de la tesis, se ha creado una fusión entre el tiempo libre y de trabajo, entre la investigación y lo personal, donde los límites a menudo se han disuelto. Por ello, podríamos hablar de un proceso de investigación «fuera» del propio tiempo dedicado a la investigación, pero anclado en mi propia experiencia actual o pasada: conversaciones informales con compañeras o personas conocidas, sistematización de mi experiencia previa con adolescentes... que me ha permitido pensar en aspectos claves para mi estudio.

En cuanto a este tipo de aportaciones que estoy definiendo como «informales», distingo dos posturas dominantes ante el amor adolescente. Por un lado, las y los que dicen que a esa edad las relaciones amorosas no son más que juegos, imitaciones a prácticas adultas o que no son relaciones amorosas en sí. Existe en esta posición un recelo en creer que las vivencias amorosas adolescentes son verdaderas. Esta suspicacia llega incluso a afectarme en un momento de la investigación, e incluso empiezo a dudar sobre mi objeto de estudio. Un día, al hilo de mis dudas, pregunto a una adolescente de trece años, después de que me confesara sus amoríos, si sus amores son de verdad. La adolescente sonríe y me contesta «no, si quieres son de mentira». Esta anécdota, a modo de espejo, me permite verme a mí misma de una manera crítica, empiezo a ver el bosque que los árboles no me dejaban ver.

La segunda posición que he percibido en torno al amor adolescente es una reapropiación de ese amor. Esta reapropiación la veo sobre todo en los sectores feministas en los que me muevo pero también entre personas que no se sienten cómodas ante las formas imperantes de relaciones amorosas. Así algunas mujeres en la treintena me confiesan que las debería de incluir en mi estudio, que ellas también tienen amores adolescentes. Relacionado con ello, me encuentro con

términos como «adolestreinta»⁴ donde personas solteras de treinta años hacen elogio de su situación vital.

Es este contexto el que me lleva a pensar en las relaciones amorosas entre adolescentes desde una posición más compleja, no solo como una postura subordinada sino como un espacio de reapropiación y de emergencia fuera de los modelos hegemónicos amorosos.

El amor «verdadero» como objetivo vital en las narraciones adolescentes

Para profundizar en la constitución adultocéntrica del amor, mostraré algunas narraciones de mi investigación, subrayando cómo se configura una verdad en torno al amor y, más concretamente, al enamoramiento, dando así vía a lo que estoy denominando conceptualizaciones adultocéntricas.

Es común, sobre todo entre las chicas adolescentes, que haya dudas sobre si se han enamorado verdaderamente. Esta cuestión está ligada a la idea extendida en nuestra cultura de que el enamoramiento es una vivencia única, casi mágica y, por supuesto, natural. Esta lectura esencialista y mística, alimenta la sobrevaloración generada en nuestra sociedad de dicha vivencia emocional. Este elogio del enamoramiento estaría ligado a la centralidad que se le da a la pareja afectivo sexual en nuestra sociedad, la cual sostiene una determinada ideología romántica del amor así como una construcción heteronormativa de la vida y de las relaciones (Esteban, 2011, p. 55,71). Todo ello conlleva que en las narraciones de las adolescentes el enamoramiento se plasme como una vivencia rodeada absolutamente de suspense e incertidumbre, siempre muy ligada a esos discursos que lo magnifican:

Me ha gustado gente, pero enamorada no creo que haya estado nunca de verdad. Yo creo que cuando estás enamorada te gusta alguien pero de una manera más fuerte, te gusta mucho más y te dura mucho más, mu-

4. Se pueden encontrar dentro de Internet distintos espacios dedicados a ello, como <www.adolestreinta.com>, donde se autodefinen como treintañeras y treintañeros solteros y perturbados.

cho más en serio, que la típica tontería, es algo que a veces me da miedo. Por ejemplo, yo pienso que el amor si no eres correspondido no pasa nada, es algo muy bonito que te pase. Es algo que es natural, no pasa nada, si te gusta alguien. Es natural... es como decir «a ver yo tengo dos ojos, dos orificios nasales y una boca, y me gustas además». No, no sé, por qué la gente se escandaliza un poquito, o igual son muy recatados o lo que sea nunca lo dicen o no les gusta alguien. Yo creo que es bonito y que no debería de ser tan especialito (Carmen, doce años, 1.º ESO, Centro Religioso).

Esta incertidumbre se agrava con expresiones como «nuestras relaciones todavía no son de verdad» o «cuando seamos mayores se van a normalizar nuestras relaciones», o «en el futuro espero enamorarme más, creo que será diferente». Emplazan «el amor verdadero» a sus vidas futuras, se predisponen a enamorarse «verdaderamente» en otra edad más adelantada.

En sus discursos, el enamoramiento, suele ir unido a términos como «enamorarse de verdad» o «amor verdadero» y se sostiene que existe un amor verdadero, aunque esta concepción se podría aplicar también al resto de la sociedad. Y las magnificaciones del enamoramiento se refuerzan sustentando las narraciones en aspectos fisiológicos y cognitivos como «sentir cosquillas en la tripa» o «no poder parar de pensar en él, no podía estudiar».

Esa verdad que se constituye en torno al enamoramiento y el amor, es un discurso que genera una forma concreta de saber y, por lo tanto, de poder, desde un punto de vista foucaultiano. Es un límite entre lo verdadero y lo falso, que responde a la misma lógica del poder. El enamoramiento está representado de una forma determinada dentro del marco del régimen de verdad:

La verdad es de este mundo; está producida aquí gracias a múltiples imposiciones. Tiene aquí efectos reglamentados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su «política general de la verdad»: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero (Foucault, 1992, p. 187).

El plano discursivo de las emociones y el amor está atravesado por el régimen de la verdad. Este aspecto se explicitaría de una forma más evidente en las narraciones de las y los adolescentes, debido a que sus experiencias y vivencias son escasas en comparación con las de las personas adultas, por lo que tienden a apelar más al «discurso de la verdad» para justificar sus propias opiniones y vivencias. Se consolida así un discurso de la verdad del enamoramiento y del amor, basado en el saber adulto.

Así en las narraciones de las y los adolescentes encontramos claves donde se entrecruzan el régimen emocional y el régimen de la verdad. Como es bien conocido, una de las vías que Foucault apunta como constituyente de la economía política de la verdad es el discurso científico y las instituciones que lo incentivan. En esta línea, Illouz (2010) constata cómo el discurso terapéutico del amor se apoya en la autoridad y en el estilo científico, para lo que se basa en el análisis de artículos de revistas. Según esta autora, el discurso terapéutico que se propaga sobre el amor gira en torno a las siguientes proposiciones: relaciones «sanas» o «enfermas»; el vínculo entre dos personas se convierte en objeto de estudio apto para ser valorado y evaluado; se adquiere conocimiento para que los sujetos puedan controlar sus relaciones mediante trabajo y estrategias; el fracaso romántico se relaciona con las primeras experiencias vitales; la comprensión de las relaciones pasadas se presenta como clave para mantener relaciones sanas; y el éxito de las relaciones sanas se debe al autoconocimiento y a la capacidad de aplicarlo a distintos aspectos de la vida (*ibid.*, p. 264). Illouz resalta el carácter científico con el que se difunden estos datos en las revistas, siendo la ciencia un campo fundamental para reafirmar la autoridad simbólica del discurso romántico (*ibid.*, p. 264). Así, el uso que las revistas hacen de las investigaciones científicas no son solo meras descripciones de los análisis, sino que se constituyen en el discurso normativo, indicando cuáles son relaciones «sanas» y cuáles no, convirtiendo así afirmaciones morales en verdades construidas por el saber científico (*ibid.*, p. 266).

Esta estrategia discursiva se repite en las revistas dirigidas a las chicas adolescentes. En estas revistas, al igual que en las dirigidas a un público adulto, suele existir un apartado específico para el asesoramiento psicológico. Por ejemplo, en una sección de una revista estatal dirigida a un público de chicas adolescentes, bajo el título de «De-

sahógate», las adolescentes confiesan sus problemas y dudas en torno a la amistad, familia o pareja, y reciben consejos como los siguientes:

Te entiendo, Luci. Una relación tan absorbente como la que tienes con tu amiga, además de ser aburrida, no es sana para nada. ¡Con lo que mola salir en pandilla y hacer cosas fuera de casa! ¿Verdad? Habla con ella, puedes empezar la conversación diciéndole algo positivo (...) (*Revista Bravo*, 2012, p. 46).⁵

Sé sincera, pero ten mucho tacto. Cuéntaselo del mismo modo que a mí, es decir, dile que te encanta hacer el amor con él, pero que echas de menos otras cosas que soláis hacer antes. Y le puedes poner algún ejemplo: ir al cine, al parque, al centro comercial, etc. Hazle entender que todo es compatible y que, por ejemplo, quedar con toda la peña del barrio puede ser igual de divertido. Además seguro que si os dosificáis un poco, los dos lo cogéis con más ganas (*ibid.*, p. 47).

Laura, ¡menuda sorpresa te tuviste que llevar! ¡Seguro que te pillaste un enfado monumental! Entiendo que la situación no debió ser fácil, pero aunque parezca lo contrario, el hecho de que tu novio mire de vez en cuando revistas porno o eróticas no significa que te haya dejado de querer, ni que le gustes o le atraigas menos. Hay personas que consultan este tipo de revistas por curiosidad. Recuerda que para él significas algo más que todo eso, y la relación que tenéis juntos es especial en todos los sentidos. Si lo consideras necesario, puedes hablarlo con él para quedarte más tranquila (*Revista Bravo*, 2012, p. 48).⁶

Los consejos de la psicóloga, legitimados por su posición como experta, parten de concepciones ideológicas concretas: por ejemplo, se remarca claramente la afectividad y el cuidado en los perfiles de las chicas, mientras que a los chicos se les atribuye una sexualidad diferente e incontrolada, siempre bajo un marco heteronormativo; o se consideran negativas relaciones «demasiado estrechas» entre la chicas tratándolas de insanas, mientras que este tipo de vínculos entre novia y novio no se cuestionan.

Otro apartado en el que se normativiza y se afirman la verdad del amor, se trataría del horóscopo. En la misma revista mencionada, bajo

5. Revista dirigida a chicas adolescentes que se publica a nivel estatal, ejemplar mencionado: (2012) *BRAVO por ti*, n.º 424, Bauer ediciones, Madrid, p. 46.

6. Ejemplar mencionado: (2012) *BRAVO por ti*, n.º 425, Bauer ediciones, Madrid, p. 48.

el título de «Enamórate» y con subtítulos como «El universo ha conspirado para que esta primavera ¡por fin te enamores! Besos tiernos, caricias, miradas cómplices y ¡un montón de momentos románticos! Averigua qué te espera en los próximos meses» o «El amor es sentir cómo el latido de tu corazón se acelera»; se contesta a las siguientes preguntas «¿Qué efectos tienes en un chico?», «¿Dónde le encontrarás?», «Consejos para ligar» y «Tu momento más bonito esta primavera»:

ARIES. ¿Qué efecto tienes en los chicos? Irradias seguridad y confianza en ti misma. ¡Eso les gusta a los chicos! En cuanto te ven saben que contigo no se aburrirán ni un segundo. ¡Tendrán que esforzarse por seguirte el ritmo o no tendrán ninguna posibilidad contigo! *¿Dónde le encontrarás?* Aprovechas las salidas con la pandi para poner en práctica tus estrategias de ligue. Por eso es muy probable que sea en una de estas donde conozcas al chico de tus sueños. De ti le llamará la atención que eres sociable y muy comunicativa. Las estrellas lo saben: tú darás el primer paso y te lanzarás a hablar con él. *Consejos para ligar:* Te gusta ir a saco a por un chico, pero a veces eso les asusta. Relájate y deja que se acerque, que tontee contigo, que luche por tenerte. No está mal que un chico se esfuerce tanto por ti ¿no? *Tu momento más bonito esta primavera:* Es de noche. Hace calor. Estás en una fiesta al aire libre con tu pandi. Tu fichaje y tú os alejáis del grupo y bajo el cielo estrellado él te besa como nunca. ¡Qué pasión! Te arden los labios (Revista Bravo, 2012, p. 58).⁷

El horóscopo se plantea, por tanto, como una guía para la vida de las adolescentes, creando verdades sobre las representaciones amorosas bajo cautela del discurso científico y terapéutico. Estos discursos les sirven, sobre todo a las chicas, para hacer proyecciones en su vida y encaminarla y dirigirla. Además, las adolescentes quedan en una posición más vulnerable que las personas más adultas, debido a que es un momento en el que se están construyendo sus cimientos críticos.

7. Cita en *BRAVO por ti* (2012) n.º 425, Bauer ediciones, Madrid, p. 58.

Una verdad del amor proyectada al futuro

En definitiva, las narraciones de las y los adolescentes permiten concebir una verdad del amor ligada al mundo adulto. Por un lado, como hemos visto, sitúan la posibilidad de enamorarse verdaderamente en el futuro, de modo que, la verdad del amor se constituye de manera adultocéntrica. Otro aspecto en el que se manifiesta el adultocentrismo se trataría de la reapropiación que hacen del vocabulario amoroso. Durante las entrevistas, se repiten una y otra vez las situaciones donde se mencionan, por ejemplo, «ligues de una noche», asimilando una terminología vinculada a las prácticas de ocio y cortejo entre personas más mayores, ya que las/os adolescentes suelen entablar relaciones sobre todo por la tarde.⁸

Por otro lado, el mismo hecho de enamorarse se interpreta como un factor para madurar y hacerse mayor. Se entiende que esta experiencia emocional es una forma de ampliar las perspectivas en torno a la vida y las prácticas sociales.

Enamorarte te hace más mayor, te hace comprender las cosas un poquito mejor. Te hace tener más experiencia, saber más... Nos podemos enamorar de cualquier persona, sea como sea... yo creo en lo del flechazo, tengo experiencia... Sin conocerle me he enamorado, el primer día del curso, le vi y como... ahora también. Ya pasó el tiempo y se fue yendo, cuando conoces a una persona ya te das cuenta de que es una persona descerebrada. Yo no conozco que nadie haya hecho un esfuerzo por enamorarse. Pero en ese caso que dices «sí que pasó», una pareja empezó a salir así. No hay mucha cosa entre ellos, pero luego empezaron a gustarse. Lo dejaron porque la niña no se consideraba mayor como para salir, eso le pasó al momento. Luego al final sí que hizo el esfuerzo por enamorarse (Carmen, doce años, 1.º ESO, Centro Religioso).

Pero, además, ese vínculo entre la madurez y la verdad del amor se convierte en una herramienta para justificar las diferencias de género. Las chicas entrevistadas lamentan que los chicos de su edad no van a poder enamorarse de «verdad» debido a la falta de madurez que se les atribuye:

8. Normalmente a esta edad las y los adolescentes, al menos las/os de mi investigación, acuden a casa en torno a las diez de la noche.

Yo creo que en cuestión de enamorarse las chicas y los chicos no es lo mismo. Los chicos son un poco más inmaduros, no piensan en enamorarse, no creo que vaya a pasarles hasta dentro de mucho tiempo. Las chicas ya lo pensamos. Igual nos ha pasado o no nos ha pasado, pero tenemos un poco de experiencia con ello. Con los chicos tenemos que esperar a que se mentalicen de que hay algo más que su camiseta de Pull and Bear y sus pantalones de marca (Carmen, doce años, 1.º ESO, Centro Religioso).

Por otra parte, en su configuración de amor se puede percibir una sensación de cierta frustración ante la eternidad otorgada a la idealización del amor verdadero, —bajo la consigna del amor es para siempre—. Debido a que las y los adolescentes reconocen de antemano que sus relaciones afectivo-sexuales están constituidas a corto plazo, dudan que las relaciones de pareja que tienen a esta edad sean para toda la vida. Sin embargo, eso no quita para que estas prácticas amorosas sean una vía para acercarse al mundo adulto.

La gente se cree más madura, pero yo creo que no. Dicen «¡ay estoy enamorada, qué bonito!», pero al final lo que va a pasar va a ser que te va a gustar y le vas a gustar y vas a salir con él y luego va a acabar mal, porque dudo mucho que vaya a acabar bien... porque no te vas a casar con esa persona. Yo no creo que sea eso hacerte más mayor, ¡qué va! todo lo contrario. Yo creo que eso es de críos (Janire, trece años, 2.º ESO, Centro Religioso).

La verdad del enamoramiento es excluyente de las prácticas no adultas, donde la niñez y la adolescencia se cuestionan, y entre adolescentes se reproducen todo el tiempo estas creencias. Duarte (2006) muestra cómo en su investigación, en un Liceo de la capital chilena, las y los estudiantes de cursos mayores agredían a los más pequeños de una forma simbólica y física, amparados en un imaginario que define privilegios por el solo hecho de ser mayor: se les consideraba ridículos, de menor valor intelectual e incompletos. Estos argumentos son formas de darse valor a ellos y ellas —los mayores— como sujetos mejores, inteligentes, ubicados etc. (Duarte, 2006, p. 116). Otra forma de encuadrar sus vivencias en un marco donde las relaciones afectivo-sexuales se van transformando de forma lineal en el ciclo vital:

El primer amor de verdad es... no se puede pensar en cualquier curso anterior a primero de la ESO, bueno, depende si eres muy madurito... Anterior a quinto, digamos que son amores de mentira, que solo te conformas con verla. Pero claro, si es importante para ti cuando has mantenido esa relación, depende que hayáis hecho y luego si ha cortado contigo o has cortado tu, por qué... Es decir, anterior a primero de la ESO o anterior a quinto, el amor de verdad depende cómo vayas de madurez, porque ya sabes que ese tipo de parejas al final solo te conformas con verla, y eso no es una pareja de verdad, es solo, a ver... no sales ni con ella, solo te gusta con verla, no es amor de verdad, tú ya me entiendes. El amor de verdad empieza en primero de la ESO, porque enamorarte de una chica de verdad tiene que ver con... no te voy a decir por años, pero alcanzas esa madurez ya te enamoras de una chica y quieres estar con ella, pasártelo bien... (Javier, trece años, 1.º ESO, Centro Religioso).

Otro aspecto de la perspectiva adultocéntrica del amor estaría relacionado con las prácticas amorosas en sí mismas, debido a las posibilidades que la vida adulta facilita para la «utopía amorosa» que define Illouz (2010). Los valores y normas asignados por el capitalismo a lo romántico, como imágenes, símbolos, artefactos o historias constituyen un marco limitado (*ibid.*, p. 22). Existe un imaginario donde el consumo es la vía para el amor, de modo que el sentido romántico está vinculado a objetos y escenarios que generan un «clima especial» (*ibid.*, p. 170), como puede ser un atardecer en una playa desértica o una cena bajo la luz de las velas. Esta utopía romántica planteada por Illouz, que encaja perfectamente en nuestra sociedad capitalista y de consumo, no tendría lugar en las prácticas adolescentes, ya que, se trata de sujetos con recursos económicos limitados, incluso tratándose de chicas/os de clase más altas, que dependen totalmente de sus progenitores. Aún así, en sus narraciones, está perfectamente incorporado este tipo de imaginario romántico generizado:⁹

9. Illouz (2010), basándose en un estudio suyo y de Bachen, «Visions of romance: A cognitive approach to media effects», donde se realizó un muestreo con 180 niñas y niños estadounidenses de la Costa Este de entre 8 y 16 años. A las y los entrevistados se les pidió que describieran una «cena romántica» y casi todos eligieron una cena en un restaurante elegante, a pesar de que ningún participante jamás hubiera estado en un escenario como ese. Por ello, Illouz y Bachen llegan a la conclusión que la representación visual de la cena en un restaurante precede y sustituye cognitivamente a la cena en casa, es decir, la asociación del romance al consumo se adquiere antes que la repre-

Yo iría con ella, la invitaría obviamente yo, la invitaría a comer o ir al cine, a dar un paseo o cualquier cosa, yo seguro que hay una pregunta luego de si has tenido novia y así, me gustaría entrar luego en más detalles, pero yo sé lo que haría, la invitaría a cenar, a comer un día, la invitaría al cine, haría planes con ella. (...) Yo me imagino más mayores, me gustaría cosas románticas como esas, estar sentados en una puesta de sol y de la mano, darte un beso, y hacer cosas habituales con amigos pero en plan, salidas con novia (Javier, trece años, 1.º ESO, Centro Religioso).

Dentro de diez años estaré acabando los estudios de periodismo. Quiero ser reportera de noticias o de deporte, y al acabar la carrera tendré un novio... si tengo novio, con casa y un perro... ¡Dentro de veinte años para casarme...a no! ¿Cuántos años se casa ahora la gente? Oye, antes con dieciséis años, pues entonces para casarme... Si me caso, estaré con familia, tres hijos, pero que el mayor cuide al pequeño y así, porque si no (...) Mi vida ideal es como la de las Barbies, son muy guapas, su novio tiene un descapotable, tienen hijos muy guapos, perro, salen en la tele, tienen de todo, carroza... (Maialen, trece años, 1.º ESO, Ikastola).

Las vinculaciones entre capitalismo y romanticismo se pueden constatar en las revistas de adolescentes que funcionan como guías amorosas, a las que me he referido previamente. Siguiendo con el horóscopo, podemos encontrar afirmaciones como las siguientes:

PISCIS. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho y eres una de las personas más comprensivas del mundo. Te gusta soñar despierta y los que te conocen saben que contigo pueden viajar a mundos exóticos, tierras desconocidas, Les encantas, porque conocerte es toda una aventura (...) *Tu momento más bonito de la primavera*: Tu chico y tú habéis ido de excursión. Está sentado a tu lado contemplando la puesta de sol. Tú te apoyas contra él y te pasa su brazo por encima de los hombros. Parece un sueño, nunca habías imaginado una escena tan romántica. Os besáis y él te acaricia el pelo. ¡Es como el cine! (Revista Bravo, 2012, p. 60).¹⁰

Como vemos, un escenario romántico que requiere del viaje, algo difícilmente ejecutable entre adolescentes, por las restricciones impues-

sentación de los momentos románticos sin consumo y forma una imagen mental más prominente (2010, p. 175).

10. Cita en *BRAVO por ti* (2012) n.º 425, Bauer ediciones, Madrid, p. 60.

tas por sus progenitores y sus límites económicos. Asimismo, los horóscopos de estas revistas suelen publicitar una serie de elementos, como esmaltes de uñas o distintos maquillajes, presentados como requisitos para la conquista del ser querido. El consumo y la hiperfeminización de los cuerpos son vistos, por tanto, en estos espacios, como la vía principal para establecer relaciones amorosas.

En resumen, podríamos decir que la verdad adultocéntrica del amor se constituye bajo la consolidación de unos ejes: el que se refiere al régimen de la verdad y el de la edad como normatividad. Las y los adolescentes se relacionan dentro de esos parámetros, donde los *mass media* tienen un papel fundamental en el establecimiento de esas creencias y configuraciones amorosas.

A modo de conclusión

Nos encontramos ante unas y unos adolescentes que buscan el «amor verdadero» proyectado siempre al futuro, a la vida adulta. Es el posicionamiento adultocéntrico de ese amor verdadero el que lleva a cuestionar las relaciones de las y los adolescentes, situándolas a un plano en el que se entienden como si fueran meros juegos, que no son verdad, según el imaginario social. Asimismo, la unión de la ideología romántica con la capitalista, va situando las prácticas amorosas dentro de los círculos de consumo al que las y los adolescentes no pueden acceder pero a los que tienen que aspirar.

Sin embargo, esta concepción no es solo un discurso externo sobre la adolescencia; está asentada también entre ellas y ellos, lo que les lleva a cuestionarse muchas veces sus propias relaciones. Se propaga así un recelo respecto a sus vivencias amorosas, donde a medida que pasan los años van cuestionando las relaciones vividas anteriormente para encaminarse hacia la verdad del amor adulto. Diríamos que manejan el discurso que disputa sus propias relaciones, cuestionando además la experiencia de las/os más jóvenes, reproduciendo las relaciones de poder entre generaciones.

Por otro lado, el hecho de que se entienda el amor como una experiencia ligada a la madurez, puede alterar las relaciones de poder y desigualdad de género. Para las chicas, el aprendizaje amoroso es más

evidente y más directo que para los chicos, pues ellas son animadas continuamente a prestar más atención al amor y están más sometidas a lo amoroso. Por ello, se auto-denominan como maduras y cuestionan las prácticas amorosas de los chicos, subrayando su supuesta falta de madurez y la importancia que dicen que éstos otorgan a las prácticas sexuales (un discurso que no siempre tiene que ver con la práctica).

Pero, a pesar del peso de lo normativo y de las desigualdades que otros aspectos de la ideología romántica del amor puedan originarles, desde esta postura de las chicas de apropiación del poder del amor verdadero, pueden adquirir claves para su madurez. Es decir, pese a que en la adolescencia se puedan reproducir y se reproduzcan patrones hegemónicos de heteronormatividad romántica, el hecho de que están situadas/os al margen de la sociedad puede permitirles, al mismo tiempo la subversión del amor normativo establecido. A pesar de que en el artículo no se ha analizado directamente este aspecto, quisiera terminar resaltando la posibilidad de reapropiación de la categoría de «amor adolescente», para poder dar lugar a narrativas y prácticas amorosas fuera, o al menos, críticas con lo normativo.

Referencias bibliográficas

- Abu-Lughod, Lila (1986), *Veiled Sentiments*, University of California, Berkeley.
- Ahmed, Sarah (2004), *The Cultural politics of emotion*, Edinburgh University Press, Edinburgo.
- Duarte, Klaudio (2006), *Discursos de resistencia juveniles en sociedades adultocéntricas*, DEI, San José.
- (2012), «Sociedades adultocéntricas: sus orígenes y reproducción», *Última Década*, 36, pp. 99-126.
- Esteban, Mari Luz (2007), «Algunas ideas para una antropología del amor», *Ankulegi*, 11, pp. 71-85.
- (2011), *Pensamiento amoroso*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- Feixa, Carles (1996), «Antropología de las edades», en J. Prats eta A. Martínez (ed.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Editorial Ariel, Barcelona, pp. 319-335.
- Foucault, Michel (1992), ««Verdad y poder» Entrevista con M. Fontana», en M. Foucault, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.

- Hernández, Jone M. (2005), *Jolas-Garaia. Gaztetxoak, hizkuntzak eta identitateen adierazpenak*, Servicio Editorial del Gobierno Vasco, Vitoria/Gasteiz.
- Illouz, Eva (2010), *El consumo de la utopía romántica*, Katz, Buenos Aires/Madril.
- Lagarde, Marcela (2005), *Para mis socias de la vida*, Horas y horas, Madril.
- Lutz, Catherine A. y Lila Abu-Lughod (ed.) (1990), *Language and the Politics of Emotion*, Cambridge University Press, Cambridge/Paris.
- Rosaldo, Michelle Z. (1984), «Toward an anthropology of self and feeling», en R. A. Shweder y R. A. Levine (ed.), *Culture Theory: Essays on Mind, Self, and Emotion*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 137-157.